

LA UNION

Valparaiso, sábado 27 de noviembre de 1886.

HONRA SIN BARCOS

Como en las verdaderas guerras, suelen verse en las luchas parlamentarias sorpresas, emboscadas y ardid...

Por eso, aunque nada se sabía de positivo, al llegar el jueves a la secretaría de la Cámara...

Los lectores saben ya lo que había debajo. El mismo caballero que en la sesión del martes se había presentado...

Pero dejemos a los hombres y vamos a lo que más importa. ¿Cuál puede haber sido la causa determinante de la renuncia del honorable señor Freire?

¿Su falta de voluntad para ocupar el puesto? No, sin duda, ya que los que el martes votaron por él lo hicieron con su consentimiento...

¿El deseo de complacer a los amigos que le habían dado su sufragio? Mucho menos, puesto que fueron precisamente ellos los que oyeron la lectura de la renuncia con mayor asombro y extrañeza.

¿O deberemos creer que la clave del enigma que nos esforzamos por descifrar se encuentra en esas perturbaciones que según asevera el dimiteante, su presencia en la mesa de la Cámara ha ido a causar en la Moneda?

El señor Freire no podía ignorar que todos absolutamente todos los que le honraron con sus votos lo hicieron con el bien conocido propósito de poner atajo a la marcha avasalladora del mont-varismo...

Esos se busca y tras de eso iban todos los que confiaron al señor Freire el éxito de la empresa. ¿Cómo concebir, entonces, que el general se muestra apesadumbrado de la victoria...

La Vienná Correspondent of the Times says that all European Governments, except England, have notified Russia that they are willing to accept the Prince of Mingrelia as a candidate for the Bulgarian Throne...

El discurso también anuncia una moción para elevar la fuerza efectiva del ejército alemán, medida que, según se dice, es justificada por el aumento de los ejércitos de los estados vecinos.

El tono pacífico de dicho discurso ha afirmado el estado de la Bolsa. PARIS, 25.—La cámara de diputados, por 388 votos contra 142, adoptó una medida, por la que se reducen las pensiones militares en 1,650,000 francos.

Dice La France que el embrollo del presupuesto ha tenido por consecuencia una crisis ministerial. LONDRES, 26.—Los gramios de la ciudad de Londres (City companies) han resuelto vender, en condiciones cómodas, a sus arrendatarios, los terrenos que poseen en el Norte de Irlanda.

Sofía, 26.—En una entrevista con el enviado turco, los reyes anunciaron que era imposible recomendar al Soborjanje por el trono, hoy vacante, la elección del príncipe de Mingrelia.

Los cadetes de la escuela militar han sido desarmados por orden del comandante. El capitán Tepaveschroff, de la escuela militar en esta, ha sido arrojado por haber insistido a los cadetes a revelarles contra el gobierno.

Contestando a una nota de la Puerta, referente a la elección del príncipe de Mingrelia para el trono de Bulgaria, según el gobierno acepta como candidato a dicho príncipe, y agrega que la acción de la Turquía en este asunto, es incompatible con el pactado en el tratado de Berlín.

LONDRES, 26.—Mr. Gladstone ha escrito una carta en que abraza la esperanza de que lord Harrington y Mr. Chamberlain cesarán en su oposición y explicarán su conducta futura...

Al contrario, como el enorme cédazo que, al sentir en sus carnes el acorrido arpon, huye convulso y ciego levantando con sus resoplidos alos penachos de sanguinosa espuma...

Lo que el Presidente de la República ha tirado al nárrago para que salga a la orilla, después de la zambullida del mártir, no es un cable de salvamento, sino uno de esos torzales de alambres clavadores que usan nuestros hacendados para defender sus trigales y sembrados de los animales dañinos.

Los miembros del Ministerio sobre cuyas caderas tendió a rebotar el proyectil que dejó tendido en el campo al honorable señor Novoa, pueden salvar la vida con la renuncia del honorable señor Freire; pero lo que es el honor solo lo salvarán llevando a un montvarista al sillón que con su renuncia ha dejado vacante.

Ahora bien, como esto es imposible de todo punto y como no ha de encontrarse en las filas del candidato derrotado, hombre bastante temerario para emprender por segunda vez la aventura, cese de su peso la consoladora consecuencia de que, aunque el Presidente de la República se empeñe en devolver a los vencidos los barcos, que es lo más que podría devolverles, no han de aceptarlos ellos porque, a fuer de hidalgos, como el bizarro almirante español, más querrán y estimarán en mas honra sin barcos que barcos sin honra.

TELEGRAMAS

CABLE SUB-MARINO.

(VIA GALVESTON.)

(Servicio especial de La Union.)

BERLIN 26th.—The Reichstag was opened today by the Minister of the Interior, who read the speech from the Throne in which the Emperor said the object of the policy of the Empire was to favor the maintenance of concord among all the Powers...

El speech announces a measure to be introduced to raise the effective strength of the German army, which it says is justified by the increasing of the armies of the neighboring States.

The Pacific tone of the speech has strengthened the Bourse.

PARIS 26th.—The Chamber of Deputies, by a vote of 388 against 142, adopted a motion for the reduction of 1,650,000 francs in military pensions.

La France says that the Budget imbroglie has led to a Cabinet crisis.

LONDON 26th.—The London City Companies have resolved to sell their lands in the North of Ireland on easy terms to the tenants.

SOPIA 26th.—The Regents, in an interview with the Turkish Envoy, stated that it was impossible to recommend the Soborjanje to elect the Prince of Mingrelia to the vacant Throne.

The cadets of the Military School have been dismissed by orders of the commandant, Captain Tepaveschroff, of the Military School here, has been arrested for inciting the cadets to revolt against the Government.

The Bulgarian Government, replying to a Note from the Porte on the subject of the election of the Prince of Mingrelia to the Throne of Bulgaria, refuses to accept the Prince as a candidate, and says Turkey's action in the matter is incompatible with the Treaty of Berlin.

LONDON 26th.—Mr. Gladstone has written a letter in which he expresses the hope that Lord Harrington and Mr. Chamberlain will abate their opposition, and explain their courses, or distinctly refuse to co-operate with the Liberals.

The Vienna Correspondent of the Times says that all European Governments, except England, have notified Russia that they are willing to accept the Prince of Mingrelia as a candidate for the Bulgarian Throne...

LONDON 26th.—The German Gazette, in an exhaustive article on the Russian financial condition, compares it with that of France before the great Revolution.

The Gazette warns Germans to avoid the new Russian Loan.

BERLIN, 25.—Hoi fué abierto el Reichstag por el ministro de lo interior, quien leyó el discurso del trono.

Entre otras cosas, declaraba el emperador que el objeto de la política del imperio era favorecer la paz y la concordia entre las potencias; que la influencia que posee Alemania por su amor a la paz y a la confianza le permitía de que el imperio, se deban al hecho de que Alemania no se mezcle en las cuestiones pendientes y a la estrecha amistad del combate; era aquel un cuadro lastimero: alrededor de una fogata—el frío era intenso—iban reuniendo a medida que llegaban; algunos venían casi a la rastra, otros traían al apa por sus compañeros; y si uno que tenía banderas las dos piernas; otro, con un brazo hecho triaza...

Amancebí, ¿Qué triste era aquella mañana! El cielo plomizo; una aurora sin arboles; un desvastado horizonte; ni una ave, ni una flor, ni un arbolito; era aquello como si se sintiese el eco de una voz que maldiciera...

¡Ah! los que, entretanto, arrellanados en sus curules dictaban leyes y forjaban abigarrados planes de campaña y dictaminaban como doctores para discernirse luego a sí mismos los honores, no comprenderán jamás lo que significa el ir a dar su vida por la patria lanzándose en un desierto en donde hasta las piedras parecían conjurarse para hacer retroceder al audaz invasor!

Todo aquel día 28 fué de ansiedades y de martirio. Las fuerzas estaban sacudadas a lo largo de la pampa, aguardando por instantes la orden de lanzarse hacia el oriente, cuyo era el objetivo de todas las miradas; las avanzadas a la distancia y yendo y viniendo el relevo de las guardias. Los heridos eran conducidos hacia Pisagua; y los prisioneros que nuestros soldados, aunque desarmados, habían traído, sin embargo, como a remolque, colocados en otros carros, seguían también el mismo rumbo.

Los portadores que nos llevaban del combate eran confusos, pero llenos de mas vivo heroísmo. Ramirez, Vivar, Valdivieso, Uribe, Cuevas, Necochea y tantos otros habían caído como bravos sobre verdaderas ruinas de cadáveres. La sangre había corrido a torrentes. Se referían episodios verdaderamente horribles: el 2º no existía; la Brigada de Marina había sido destruida. En cambio, el Zepita y Dos de Mayo habían también desaparecido...

No es difícil trasladar al papel las emociones de aquellas larguísimas e interminables horas: el corazón oprimido, la sangre en ebullición, añebarrados, delirantes... ¡Oh! si nos hubiese sido posible salvar las diez y ocho leguas que nos separaban de aquella quebrada mudo testigo de tantos horrores y de tanta abnegación...

Cerca de las nueve de la noche, apareció de repente como un fantasma, un soldado del 2º Regimiento se puede decir en sangre, atravesado el brazo derecho por una bala, balbuciente y casi sin aliento, nos tocó prodigalmente nuestros cuidados.

—¿Cómo has podido llegar, así, en ese estado? —Vengo del mismo Tarapacá. —¿Cómo! ¿del pueblo? —Sí; de la ambulancia peruana. —¿Qué! ¿ha quedado allí una ambulancia? ¿hai heridos chilenos? —Sí; mas de doscientos entre los nuestros y los contrarios. —¿Y el enemigo? —Huyó desparavido; la ciudad se encuentra abandonada. No obstante, yo me he escapado por temor de ser ultimado después de las matanzas que he presenciado. —¿Qué matanzas? —Mi comandante Ramirez y muchos otros han sido quemados. —¿Estás loco? —Es la verdad! —¿Pero ¿dices que hai heridos? —Entre ellos el comandante Vivar, mienten a Silva y el capitán Necochea. —Pues entonces, vamos donde el jeneral; es preciso referirle cuanto me has dicho, para después volver al socorro de nuestros heridos. —Esta es la primera noticia que recibimos de ella. Minutos después entráramos en una sala a mas bien ranchosa de murallas embarradas, de techo plano y cubierto de esteras o fajina; el suelo desnudo; algunas bancas sin labrar; en el centro una mala y desventajada mesa. El jeneral Baquedano, a quien le habia tocado hacer su estroño movilizándolo con laudable rapidez todo el ejército acantonado desde Jaj-Pampa hasta Santa Catalina, estaba allí rodeado del Estado Mayor. Parecía que acababa de tomar una frugalísima cena. Nada de cubiertos ni de manteles. Sobre la mesa, una vela encendida en una botella, un cestito pequeño con algunas galletas y uno o dos jarros de lata. —Jeneral, dije entrando seguido de mi soldado, y clavé sus ojos en el soldado que se adelantó resulto y, en breves frases, refirió lo que ya me habia dicho, agregando todos los pormenores de su paso por el desierto. Aquello era sublimis: sin mas que un frasco que habia llenado de agua en el fondo de la quebrada, aquel hombre se habia arrastrado como culebra para escaparse de la ambulancia y atravesar el pueblo. El día le sorprendió en la pampa del Tamarugal. Cuando el sol se levantó con sus rayos de fuego y comenzó a soplar el verdadero huracán que casi siempre azota aquellas soledades, él, exhausto y crecientemente atormentado por su herida, seguía adelante sin mas norte que la huella que, como una cinta sin fin, se prolonga por el desierto. Guardaba su agua como un tesoro; tal vez de ella dependía su vida. A las pocas horas, en una hondata, encontró un compañero que, rendido por la fatiga, habia caído y se moría. Ovidiéndose de sí propio, aplicó al punto a los labios del moribundo el frasco que él guardaba y que, de un trazo, esto dejó vacío. Y, ahora, en marcha! lo dijo; apóyase en mi hombro, hermanito, que Dios no nos ha de abandonar. Y así fué en efecto, porque habiendo podido llegar al campamento, el otro luego fué recogido por una de las patrullas volantes que se enviaron al socorro de los que venían. Terminada la narración, el jeneral por sus propias manos dió al soldado lo que aun quedaba de la pobre cena, encargando se le asistiese con el mayor esmero. Hubo un momento de silencio: —Jeneral, murmuró de repente, permítame usted ir a Tarapacá. —¿Usted? —Sí! —¿Cuándo? —Mañana, apenas aclare el día. —Y ¿quién le acompaña? —Tres o cuatro amigos de la ambulancia Valparaíso. —Está bien! daré órdenes: les escoltarán cincuenta granaderos. Llegó el día 29: el sol reverberaba; el viento levantaba torbellinos que, como trombas, en gigantescas espirales se alzaban hasta el cielo. La valiente caravana iba ya lejos del campamento. El desierto, como se dice vulgarmente, formaba el horizonte como el océano y en el océano, el aire sofocante y enrarecido oleaba reflejando las mas caprichosas mirajes. No se veía ni una mas tenue nebulilla. De súbito, hacia el occidente, se alzaba una inmensa columna de blanquísima humareda. Súpimos después que, en una de las calicheras, los soldados habían pegado fuego a una gran porción de pólvora. Con la vista, exploráramos todas las sinuosidades, por si descubriáramos algún herido. Una polvareda apareció en lontananza: eran jinetes que se acercaban al trote. Poco después, un capitán y ocho o diez soldados nos rodeaban, y nos dijeron que sería imprudencia seguir tan despreviéndolo, pues los habían hecho fuego al acercarse a la quebrada. A este capitán, cuyo nombre se me escapó por el momento, sin le veo con sus grandes botas de cuero, su retorcido bigote y su penetrante mirada, como le ví después en Tacna tendido en un carro y atravesado por dos balas, amenazando y terrible como un león encadenado y entre barrotos de fierro. La caravana siguió su marcha. Lleváramos la bandera de la Cruz-Roja que ondeaba sobre un carro ligero que iba lleno de drogas, cajas de cirugía, hilas, vendas, forraje, algunos víveres y agua. Una hora mas tarde, una faja negra se pintó en el horizonte. —¡Tropa al frente! gritó el coronel Uribe que iba con los cincuenta granaderos que habian tomado la delantera. Sonó el clarín: nuestros soldados se dividieron en dos mitades y, desplegados, avanzaron resultos hacia los que, en son de combate, se acercaban en número de mas de doscientos. —Y, nosotros ¿qué hacemos? —Esperar! —Pero ¿y, si son enemigos? —Tanto mejor; veremos lo que es una carga de caballería. —¡Dios te guarde! ¿y el pellejo? —Ya ¡ya! pero ¿a dónde ir? aquí no hai mas que hacerse una cruz y y. Un tiro de carabina Winchester nos hizo estremecer: el tiro habia partido de nuestras filas e iba dirigido a un jinete de montas y garapon que caecolaba en un brio troton negro re-

como bravos sobre verdaderas ruinas de cadáveres. La sangre había corrido a torrentes. Se referían episodios verdaderamente horribles: el 2º no existía; la Brigada de Marina había sido destruida. En cambio, el Zepita y Dos de Mayo habían también desaparecido...

No es difícil trasladar al papel las emociones de aquellas larguísimas e interminables horas: el corazón oprimido, la sangre en ebullición, añebarrados, delirantes... ¡Oh! si nos hubiese sido posible salvar las diez y ocho leguas que nos separaban de aquella quebrada mudo testigo de tantos horrores y de tanta abnegación...

Cerca de las nueve de la noche, apareció de repente como un fantasma, un soldado del 2º Regimiento se puede decir en sangre, atravesado el brazo derecho por una bala, balbuciente y casi sin aliento, nos tocó prodigalmente nuestros cuidados.

—¿Cómo has podido llegar, así, en ese estado? —Vengo del mismo Tarapacá. —¿Cómo! ¿del pueblo? —Sí; de la ambulancia peruana. —¿Qué! ¿ha quedado allí una ambulancia? ¿hai heridos chilenos? —Sí; mas de doscientos entre los nuestros y los contrarios. —¿Y el enemigo? —Huyó desparavido; la ciudad se encuentra abandonada. No obstante, yo me he escapado por temor de ser ultimado después de las matanzas que he presenciado. —¿Qué matanzas? —Mi comandante Ramirez y muchos otros han sido quemados. —¿Estás loco? —Es la verdad! —¿Pero ¿dices que hai heridos? —Entre ellos el comandante Vivar, mienten a Silva y el capitán Necochea. —Pues entonces, vamos donde el jeneral; es preciso referirle cuanto me has dicho, para después volver al socorro de nuestros heridos. —Esta es la primera noticia que recibimos de ella. Minutos después entráramos en una sala a mas bien ranchosa de murallas embarradas, de techo plano y cubierto de esteras o fajina; el suelo desnudo; algunas bancas sin labrar; en el centro una mala y desventajada mesa. El jeneral Baquedano, a quien le habia tocado hacer su estroño movilizándolo con laudable rapidez todo el ejército acantonado desde Jaj-Pampa hasta Santa Catalina, estaba allí rodeado del Estado Mayor. Parecía que acababa de tomar una frugalísima cena. Nada de cubiertos ni de manteles. Sobre la mesa, una vela encendida en una botella, un cestito pequeño con algunas galletas y uno o dos jarros de lata. —Jeneral, dije entrando seguido de mi soldado, y clavé sus ojos en el soldado que se adelantó resulto y, en breves frases, refirió lo que ya me habia dicho, agregando todos los pormenores de su paso por el desierto. Aquello era sublimis: sin mas que un frasco que habia llenado de agua en el fondo de la quebrada, aquel hombre se habia arrastrado como culebra para escaparse de la ambulancia y atravesar el pueblo. El día le sorprendió en la pampa del Tamarugal. Cuando el sol se levantó con sus rayos de fuego y comenzó a soplar el verdadero huracán que casi siempre azota aquellas soledades, él, exhausto y crecientemente atormentado por su herida, seguía adelante sin mas norte que la huella que, como una cinta sin fin, se prolonga por el desierto. Guardaba su agua como un tesoro; tal vez de ella dependía su vida. A las pocas horas, en una hondata, encontró un compañero que, rendido por la fatiga, habia caído y se moría. Ovidiéndose de sí propio, aplicó al punto a los labios del moribundo el frasco que él guardaba y que, de un trazo, esto dejó vacío. Y, ahora, en marcha! lo dijo; apóyase en mi hombro, hermanito, que Dios no nos ha de abandonar. Y así fué en efecto, porque habiendo podido llegar al campamento, el otro luego fué recogido por una de las patrullas volantes que se enviaron al socorro de los que venían. Terminada la narración, el jeneral por sus propias manos dió al soldado lo que aun quedaba de la pobre cena, encargando se le asistiese con el mayor esmero. Hubo un momento de silencio: —Jeneral, murmuró de repente, permítame usted ir a Tarapacá. —¿Usted? —Sí! —¿Cuándo? —Mañana, apenas aclare el día. —Y ¿quién le acompaña? —Tres o cuatro amigos de la ambulancia Valparaíso. —Está bien! daré órdenes: les escoltarán cincuenta granaderos. Llegó el día 29: el sol reverberaba; el viento levantaba torbellinos que, como trombas, en gigantescas espirales se alzaban hasta el cielo. La valiente caravana iba ya lejos del campamento. El desierto, como se dice vulgarmente, formaba el horizonte como el océano y en el océano, el aire sofocante y enrarecido oleaba reflejando las mas caprichosas mirajes. No se veía ni una mas tenue nebulilla. De súbito, hacia el occidente, se alzaba una inmensa columna de blanquísima humareda. Súpimos después que, en una de las calicheras, los soldados habían pegado fuego a una gran porción de pólvora. Con la vista, exploráramos todas las sinuosidades, por si descubriáramos algún herido. Una polvareda apareció en lontananza: eran jinetes que se acercaban al trote. Poco después, un capitán y ocho o diez soldados nos rodeaban, y nos dijeron que sería imprudencia seguir tan despreviéndolo, pues los habían hecho fuego al acercarse a la quebrada. A este capitán, cuyo nombre se me escapó por el momento, sin le veo con sus grandes botas de cuero, su retorcido bigote y su penetrante mirada, como le ví después en Tacna tendido en un carro y atravesado por dos balas, amenazando y terrible como un león encadenado y entre barrotos de fierro. La caravana siguió su marcha. Lleváramos la bandera de la Cruz-Roja que ondeaba sobre un carro ligero que iba lleno de drogas, cajas de cirugía, hilas, vendas, forraje, algunos víveres y agua. Una hora mas tarde, una faja negra se pintó en el horizonte. —¡Tropa al frente! gritó el coronel Uribe que iba con los cincuenta granaderos que habian tomado la delantera. Sonó el clarín: nuestros soldados se dividieron en dos mitades y, desplegados, avanzaron resultos hacia los que, en son de combate, se acercaban en número de mas de doscientos. —Y, nosotros ¿qué hacemos? —Esperar! —Pero ¿y, si son enemigos? —Tanto mejor; veremos lo que es una carga de caballería. —¡Dios te guarde! ¿y el pellejo? —Ya ¡ya! pero ¿a dónde ir? aquí no hai mas que hacerse una cruz y y. Un tiro de carabina Winchester nos hizo estremecer: el tiro habia partido de nuestras filas e iba dirigido a un jinete de montas y garapon que caecolaba en un brio troton negro re-

TELÉGRAFO DEL ESTADO.

Iquique, 26 de noviembre de 1886.

Al editor de La Union.

PERÚ.—Los certificados saliteros de mil soles cotizábanse por ochenta libras, por haber ofrecido el gobierno de Chile pagarlas a razon de ciento catorce.

El redactor de La Epoca, señor Melgar, fué atacado y herido en un café por un joven Solar.

El consejo provincial de Lima prohibió la representación del drama Pasión y Muerte de Jesucristo.

BOLIVIA.—Asegurábase que serian sometidos a juicio de responsabilidad el jeneral Campero, por la derrota del Alto de la Alianza; y el jeneral Camacho, por vuelta de Camarones.

La Junta de Beneficencia aprobó los planes del ingeniero Laperouse para el Hospital de Caridad. Acordóse principiar los trabajos bajo la direccion del referido ingeniero y bajo la vijilancia de una comision compuesta del intendente, don Anfron Muñoz, y de los señores don Salustio Beche, don Eduardo Llanos, y don Luis de la Junta de Beneficencia.

EL CORRESPONSAL.

TELÉGRAMA COMERCIAL. (Cable sub-marino.) A la Bolsa Comercial: Liverpool, 26 de noviembre de 1886. Las últimas cotizaciones son: Cobre en barra de Chile, £ 40 por tonelada de 2,240 libras inglesas. (Mercado incierto.) Ejes a 8 por unidad o por ciento. Nominal, sin ventas.

Salitre.—Ventas de cargamentos llegados al Reino Unido 877; vendedores. Id. Ventas de cargamentos por llegar tarde al Reino Unido 8/9, saliendo el 1º de noviembre, y 8/6, saliendo en diciembre.

Algodón de Nueva Orleans, calidad mediana, 5 1/16 libras por libra inglesa. Plata 46 3/4 por onza Troy.

COLABORACION.

LA JORNADA DE TARAPACA.

27 de noviembre de 1879.

Hemos conseguido de una persona que fué testigo de esasas conmovedoras que sucedieron a la batalla de Tarapacá, que describe algunas de ellas, entresacándolas de su libro de memorias de la campaña.

Aunque nos ha costado un poco vencer la modestia de esa persona, sin embargo, hemos conseguido nuestro propósito. De ello nos felicitamos porque podemos regular a nuestros lectores, en el aniversario de la sangrienta jornada, un artículo galano, sentido y de episodios inéditos, y porque podemos, además, garantizar la efectividad de los sucesos que se narran, habida consideracion al criterio sano, a la índole benigna, al carácter que invade y a la naturaleza de la misma obra, y a la naturaleza que descomponía en el ejército nuestro galano colaborador. Con todo gusto le ofrecemos las columnas de este diario.

Acudiendo a las vivas instancias de un amigo, tomé de mi cartera los siguientes apuntes que podria talvez despertar algún interes.

Como a las cinco de la tarde, volví de Chinguyiray, después de haber visitado a «Huesca» algunos heridos peruanos de la batalla de Dolores, avistamos a la distancia un cazador que, cubierto de polvo y anhelante, se dirijia al campamento de San Francisco. Pensando fuese portador de algunas nuevas de la division que, hacia dias, habia salido en persecucion de los fugitivos del 19, apuramos nuestros cabalgaduras, cruzando al cazador casi al entrar la oficina de Porvenir.

La division viera en retirada nos dijo con voz trémula y ronca y sin detener su rápido pero ya cansado trote. Momentos después llegáramos a San Francisco, siguiendo el cazador hacia Dolores en demanda del cuartel jeneral.

Son las siete; todo se halla en movimiento; hai llegado la orden de alistarse y de partir al punto. Suenan las cornetas. Ya estamos en marcha. Es imposible describir aquella noche de zozobros. Los soldados silenciosos, de a dos en fondo a lo largo de la línea, y desahuciados como sombras por entre los calichales del desierto; ningun rumor fuera del pasado rodar de los carros y piezas de artillería; de cuando en cuando, la corneta da la señal de alto, para luego, a los cinco minutos, volver a proseguir el áspero via-cruce.

A las dos de la mañana la division se detenía en Dibujó. Tarapacá queda de allí casi en línea recta, como a diez y ocho leguas hacia el oriente. Comenzaban a llegar los primeros heridos del combate: era aquel un cuadro lastimero: alrededor de una fogata—el frío era intenso—iban reuniendo a medida que llegaban; algunos venían casi a la rastra, otros traían al apa por sus compañeros; y si uno que tenía banderas las dos piernas; otro, con un brazo hecho triaza...

Amancebí, ¿Qué triste era aquella mañana! El cielo plomizo; una aurora sin arboles; un desvastado horizonte; ni una ave, ni una flor, ni un arbolito; era aquello como si se sintiese el eco de una voz que maldiciera...

¡Ah! los que, entretanto, arrellanados en sus curules dictaban leyes y forjaban abigarrados planes de campaña y dictaminaban como doctores para discernirse luego a sí mismos los honores, no comprenderán jamás lo que significa el ir a dar su vida por la patria lanzándose en un desierto en donde hasta las piedras parecían conjurarse para hacer retroceder al audaz invasor!

Todo aquel día 28 fué de ansiedades y de martirio. Las fuerzas estaban sacudadas a lo largo de la pampa, aguardando por instantes la orden de lanzarse hacia el oriente, cuyo era el objetivo de todas las miradas; las avanzadas a la distancia y yendo y viniendo el relevo de las guardias. Los heridos eran conducidos hacia Pisagua; y los prisioneros que nuestros soldados, aunque desarmados, habían traído, sin embargo, como a remolque, colocados en otros carros, seguían también el mismo rumbo.

Los portadores que nos llevaban del combate eran confusos, pero llenos de mas vivo heroísmo. Ramirez, Vivar, Valdivieso, Uribe, Cuevas, Necochea y tantos otros habían caído como bravos sobre verdaderas ruinas de cadáveres. La sangre había corrido a torrentes. Se referían episodios verdaderamente horribles: el 2º no existía; la Brigada de Marina había sido destruida. En cambio, el Zepita y Dos de Mayo habían también desaparecido...

No es difícil trasladar al papel las emociones de aquellas larguísimas e interminables horas: el corazón oprimido, la sangre en ebullición, añebarrados, delirantes... ¡Oh! si nos hubiese sido posible salvar las diez y ocho leguas que nos separaban de aquella quebrada mudo testigo de tantos horrores y de tanta abnegación...

Cerca de las nueve de la noche, apareció de repente como un fantasma, un soldado del 2º Regimiento se puede decir en sangre, atravesado el brazo derecho por una bala, balbuciente y casi sin aliento, nos tocó prodigalmente nuestros cuidados.

—¿Cómo has podido llegar, así, en ese estado? —Vengo del mismo Tarapacá. —¿Cómo! ¿del pueblo? —Sí; de la ambulancia peruana. —¿Qué! ¿ha quedado allí una ambulancia? ¿hai heridos chilenos? —Sí; mas de doscientos entre los nuestros y los contrarios. —¿Y el enemigo? —Huyó desparavido; la ciudad se encuentra abandonada. No obstante, yo me he escapado por temor de ser ultimado después de las matanzas que he presenciado. —¿Qué matanzas? —Mi comandante Ramirez y muchos otros han sido quemados. —¿Estás loco? —Es la verdad! —¿Pero ¿dices que hai heridos? —Entre ellos el comandante Vivar, mienten a Silva y el capitán Necochea. —Pues entonces, vamos donde el jeneral; es preciso referirle cuanto me has dicho, para después volver al socorro de nuestros heridos. —Esta es la primera noticia que recibimos de ella. Minutos después entráramos en una sala a mas bien ranchosa de murallas embarradas, de techo plano y cubierto de esteras o fajina; el suelo desnudo; algunas bancas sin labrar; en el centro una mala y desventajada mesa. El jeneral Baquedano, a quien le habia tocado hacer su estroño movilizándolo con laudable rapidez todo el ejército acantonado desde Jaj-Pampa hasta Santa Catalina, estaba allí rodeado del Estado Mayor. Parecía que acababa de tomar una frugalísima cena. Nada de cubiertos ni de manteles. Sobre la mesa, una vela encendida en una botella, un cestito pequeño con algunas galletas y uno o dos jarros de lata. —Jeneral, dije entrando seguido de mi soldado, y clavé sus ojos en el soldado que se adelantó resulto y, en breves frases, refirió lo que ya me habia dicho, agregando todos los pormenores de su paso por el desierto. Aquello era sublimis: sin mas que un frasco que habia llenado de agua en el fondo de la quebrada, aquel hombre se habia arrastrado como culebra para escaparse de la ambulancia y atravesar el pueblo. El día le sorprendió en la pampa del Tamarugal. Cuando el sol se levantó con sus rayos de fuego y comenzó a soplar el verdadero huracán que casi siempre azota aquellas soledades, él, exhausto y crecientemente atormentado por su herida, seguía adelante sin mas norte que la huella que, como una cinta sin fin, se prolonga por el desierto. Guardaba su agua como un tesoro; tal vez de ella dependía su vida. A las pocas horas, en una hondata, encontró un compañero que, rendido por la fatiga, habia caído y se moría. Ovidiéndose de sí propio, aplicó al punto a los labios del moribundo el frasco que él guardaba y que, de un trazo, esto dejó vacío. Y, ahora, en marcha! lo dijo; apóyase en mi hombro, hermanito, que Dios no nos ha de abandonar. Y así fué en efecto, porque habiendo podido llegar al campamento, el otro luego fué recogido por una de las patrullas volantes que se enviaron al socorro de los que venían. Terminada la narración, el jeneral por sus propias manos dió al soldado lo que aun quedaba de la pobre cena, encargando se le asistiese con el mayor esmero. Hubo un momento de silencio: —Jeneral, murmuró de repente, permítame usted ir a Tarapacá. —¿Usted? —Sí! —¿Cuándo? —Mañana, apenas aclare el día. —Y ¿quién le acompaña? —Tres o cuatro amigos de la ambulancia Valparaíso. —Está bien! daré órdenes: les escoltarán cincuenta granaderos. Llegó el día 29: el sol reverberaba; el viento levantaba torbellinos que, como trombas, en gigantescas espirales se alzaban hasta el cielo. La valiente caravana iba ya lejos del campamento. El desierto, como se dice vulgarmente, formaba el horizonte como el océano y en el océano, el aire sofocante y enrarecido oleaba reflejando las mas caprichosas mirajes. No se veía ni una mas tenue nebulilla. De súbito, hacia el occidente, se alzaba una inmensa columna de blanquísima humareda. Súpimos después que, en una de las calicheras, los soldados habían pegado fuego a una gran porción de pólvora. Con la vista, exploráramos todas las sinuosidades, por si descubriáramos algún herido. Una polvareda apareció en lontananza: eran jinetes que se acercaban al trote. Poco después, un capitán y ocho o diez soldados nos rodeaban, y nos dijeron que sería imprudencia seguir tan despreviéndolo, pues los habían hecho fuego al acercarse a la quebrada. A este capitán, cuyo nombre se me escapó por el momento, sin le veo con sus grandes botas de cuero, su retorcido bigote y su penetrante mirada, como le ví después en Tacna tendido en un carro y atravesado por dos balas, amenazando y terrible como un león encadenado y entre barrotos de fierro. La caravana siguió su marcha. Lleváramos la bandera de la Cruz-Roja que ondeaba sobre un carro ligero que iba lleno de drogas, cajas de cirugía, hilas, vendas, forraje, algunos víveres y agua. Una hora mas tarde, una faja negra se pintó en el horizonte. —¡Tropa al frente! gritó el coronel Uribe que iba con los cincuenta granaderos que habian tomado la delantera. Sonó el clarín: nuestros soldados se dividieron en dos mitades y, desplegados, avanzaron resultos hacia los que, en son de combate, se acercaban en número de mas de doscientos. —Y, nosotros ¿qué hacemos? —Esperar! —Pero ¿y, si son enemigos? —Tanto mejor; veremos lo que es una carga de caballería. —¡Dios te guarde! ¿y el pellejo? —Ya ¡ya! pero ¿a dónde ir? aquí no hai mas que hacerse una cruz y y. Un tiro de carabina Winchester nos hizo estremecer: el tiro habia partido de nuestras filas e iba dirigido a un jinete de montas y garapon que caecolaba en un brio troton negro re-

como bravos sobre verdaderas ruinas de cadáveres. La sangre había corrido a torrentes. Se referían episodios verdaderamente horribles: el 2º no existía; la Brigada de Marina había sido destruida. En cambio, el Zepita y Dos de Mayo habían también desaparecido...

No es difícil trasladar al papel las emociones de aquellas larguísimas e interminables horas: el corazón oprimido, la sangre en ebullición, añebarrados, delirantes... ¡Oh! si nos hubiese sido posible salvar las diez y ocho leguas que nos separaban de aquella quebrada mudo testigo de tantos horrores y de tanta abnegación...

Cerca de las nueve de la noche, apareció de repente como un fantasma, un soldado del 2º Regimiento se puede decir en sangre, atravesado el brazo derecho por una bala, balbuciente y casi sin aliento, nos tocó prodigalmente nuestros cuidados.

—¿Cómo has podido llegar, así, en ese estado? —Vengo del mismo Tarapacá. —¿Cómo! ¿del pueblo? —Sí; de la ambulancia peruana. —¿Qué! ¿ha quedado allí una ambulancia? ¿hai heridos chilenos? —Sí; mas de doscientos entre los nuestros y los contrarios. —¿Y el enemigo? —Huyó desparavido; la ciudad se encuentra abandonada. No obstante, yo me he escapado por temor de ser ultimado después de las matanzas que he presenciado. —¿Qué matanzas? —Mi comandante Ramirez y muchos otros han sido quemados. —¿Estás loco? —Es la verdad! —¿Pero ¿dices que hai heridos? —Entre ellos el comandante Vivar, mienten a Silva y el capitán Necochea. —Pues entonces, vamos donde el jeneral; es preciso referirle cuanto me has dicho, para después volver al socorro de nuestros heridos. —Esta es la primera noticia que recibimos de ella. Minutos después entráramos en una sala a mas bien ranchosa de murallas embarradas, de techo plano y cubierto de esteras o fajina; el suelo desnudo; algunas bancas sin labrar; en el centro una mala y desventajada mesa. El jeneral Baquedano, a quien le habia tocado hacer su estroño movilizándolo con laudable rapidez todo el ejército acantonado desde Jaj-Pampa hasta Santa Catalina, estaba allí rodeado del Estado Mayor. Parecía que acababa de tomar una frugalísima cena. Nada de cubiertos ni de manteles. Sobre la mesa, una vela encendida en una botella, un cestito pequeño con algunas galletas y uno o dos jarros de lata. —Jeneral, dije entrando seguido de mi soldado, y clavé sus ojos en el soldado que se adelantó resulto y, en breves frases, refirió lo que ya me habia dicho, agregando todos los pormenores de su paso por el desierto. Aquello era sublimis: sin mas que un frasco que habia llenado de agua en el fondo de la quebrada, aquel hombre se habia arrastrado como culebra para escaparse de la ambulancia y atravesar el pueblo. El día le sorprendió en la pampa del Tamarugal. Cuando el sol se levantó con sus rayos de fuego y comenzó a soplar el verdadero hur